

« en lo que á Dios se refiere, cuando no se le dá con fidelidad lo que se le debe, aún cuando no haya otros testigos que Dios y la conciencia ».

» Se observa lo que dicta la conciencia en lo que al prójimo se refiere, cuando nos abstenemos de todo aquello que puede ofenderle, tanto de palabra como de obra; pues á veces un gesto, un movimiento cualquiera, ó una mirada son suficientes para causarle molestia. »

» Por último, se sigue el dictámen de la conciencia para con nosotros mismos, cuando tenemos cuidado de todas las cosas que nos sirven, sin permitir que ninguna nos haga daño, ni se pierda (1). Así, por ejemplo, se peca contra la conciencia en este punto concreto, cuando no se tiene cuidado de limpiar y componer los hábitos; cuando se lavan ántes que sea preciso, ó cuando se destrozan ».

» Se peca también contra la conciencia, cuando pudiendo descansar en un lecho pobre y modesto, se desea uno mullido y regalado, ó cuando teniendo una almohada de crin, se busca una más tierna, ó cuando, pudiendo contentarse con una cubierta ordinaria, se desea otra más vistosa, ó en fin, cuando, viendo lo que se dá á otros religiosos, se desea para sí. »

(1) Debe observarse que el espíritu de pobreza obligaba á los solitarios á tener un cuidado especial de los muebles y de todas las cosas de su uso, y esto por dos razones [especiales que ya hemos expuesto en otro lugar. Es la primera, que estas cosas no pertenecen al religioso en propiedad, sino al monasterio, y por consiguiente, deben conservarse con el mismo esmero con que se custodia un depósito: pues en virtud del voto de pobreza nada propio tenían los solitarios. La segunda es, que todo lo que pertenecía al monasterio se miraba como consagrado á Dios, y por consiguiente, en lugar de despreciarlo, debía mirarse como cosa santa y conservarse con veneración. Todo esto nos dá idea del verdadero espíritu de pobreza enseñado por los Padres de la antigüedad.

» Tampoco se adelanta en la virtud, sino que se obra contra conciencia, cuando, despues de tender el manto al sol, no se retira á su debido tiempo, con peligro de que sufra detrimento: así como aquel que, pudiendo contentarse con algunas legumbres ó yerbas, procura un alimento más delicado. Por esta razón nos advierten nuestros Padres, que es de la más absoluta necesidad que procure el religioso, que no le acuse su conciencia. Conduzcámonos con tanta discreción, atención y sabiduría, que nos garanticen de semejante desgracia.

#### INSTRUCCION IV.

##### DEL TEMOR DE DIOS

Habla san Doroteo en su cuarta instrucción del temor de Dios, y distingue tres clases de temor: el de los castigos, que es propio de los siervos; el de perder la recompensa, que es propia de los mercaderes, y el filial, que conviene á los hijos. Despues de hablar de todos ellos y particularmente del último, cuyas ventajas demuestra, habla de los medios de adquirirlo y de los vicios que le son opuestos, en especial de la presunción. Entra despues en consideraciones acerca de la conducta que debe observarse con los hermanos de religión en conformidad con las reglas del temor de Dios.

» 1º Nos enseña san Juan, dice, que *la caridad echa fuera el temor* (1); mientras que el real Proteta dice, que *los Santos temen al Señor* (2). A primera vista parece esto una contradicción; pero la santa Escritura nos indica

(1) I, Joan. iv, 18.

(2) Ps. xxxv.



» con esto que hay un temor que es propio de los que en-  
 » tran en los caminos de la piedad, y otro que sólomente  
 » poseen los santos que han llegado á la cumbre de la ca-  
 » ridad. »

» Nos enseña además san Gregorio Naciancero que hay  
 » tres disposiciones diferentes para hacernos agradables á  
 » Dios. Si procuramos agradarle sólomente por el temor  
 » del castigo, nos hallamos en el estado de siervos. Si le  
 » obedecemos por hacernos dignos de la recompensa, nos  
 » hallaremos en la condición de mercenarios ; pero si úni-  
 » camente nos mueve á obrar el amor del bién, nos halla-  
 » remos en el número de los hijos. Tan luego come un  
 » hijo llega á la edad de la discreción, empieza á cumplir  
 » la voluntad de su padre, no porque tema que le castigue,  
 » ni porque espere sus recompensas, sino porque le ama,  
 » y entónces merece esta palabra de bendición : *Ya no eres*  
 » *siervo, sino hijo: y si hijo, tambien heredero por Dios* (1). »

» Cuando decia san Antonio que no temia á Dios, sino  
 » que le amaba, se referia al temor servil, y cuando á  
 » Abrahám, que se hallaba dispuesto á sacrificar á su hijo,  
 » le dijo el ángel : *Ahora veo que temes al Señor*, se refie-  
 » ren estas palabras al temor filial. Unas veces nos dice la  
 » Sagrada Escritura que el temor de Dios es el principio de  
 » la sabiduría, y otras que es su consumación ; más el real  
 » Prufeta nos marca la diferencia que hay entre estos dos  
 » temores cuando dice : *Venid, hijos, oidme, yo os enseñaré*  
 » *el temor del Señor*. Dice en primer lugar *venid*, exhortán-  
 » donos con esta palabra y animándonos á buscar la virtud.  
 » Añade, hijos *mios*, para hacer pasar á los que invita, del  
 » vicio á la virtud, y despues de exhortárlos á esta santa me-  
 » tamórfosis, continua, *yo os enseñaré el temor del Señor*.  
 » Explica despues en que consiste este temor, diciendo :

(1) Gal. iv, 7.

» ¿ *Quién es el hombre que quiere vida, y desea ver días bue-*  
 » *nos ? Guarda tu lengua de lo malo, y tus labios no hablen*  
 » *engaño. Apártate de lo malo, y haz lo bueno : busca la paz*  
 » *y vete tras ella.* »

» De esta manera nos conduce como con la mano, y nos  
 » exhorta á huir de lo malo por temor del Señor. Con su  
 » auxilio se pasa á la práctica del bién y se llega á la paz,  
 » que debe buscarse con santo ardor. Y ¿ qué hay, her-  
 » manos mios, más dulce y consolador que la dicha de reci-  
 » cibir esta gracia tan excelente, esta venturosa paz ? Porque  
 » *bienaventurados los pacíficos, dice Jesúsristo, porque*  
 » *serán llamados hijos de Dios* (1). Despues de haber es-  
 » puesto las diferentes especies de temor, y de haber expli-  
 » cado en que consiste el amor perfecto de los Santos, sólo  
 » nos resta saber como podemos adquirirlo, y como per-  
 » derlo. »

» 2º Nos enseñan los santos Padres que este temor se  
 » produce en nosotros por la meditación de la muerte y de  
 » los castigos de la otra vida, por la exactitud en examinar  
 » por la noche las obras del dia, y por la mañana las de la  
 » noche, por el cuidado de desechar de nuestros corazo-  
 » nes toda presunción y de acompañarnos de las personas  
 » que temen á Dios. Se pierde, por el contrario, este temor  
 » empleando medios opuestos, es decir, por el olvido de  
 » la muerte y de los castigos eternos, por no velar ni exami-  
 » nar nuestra conducta, por vivir en la negligencia y  
 » acompañarnos de los negligentes, y por dejarnos lle-  
 » var de la presunción y de una libertad inmoderada en  
 » nuestras acciones y palabras. Esta presunción, más que  
 » ninguna otra cosa, puede arrancar de nuestra alma el te-  
 » mor del Señor. »

« Sabed, hermanos mios, que esta presunción tiene por

(1) Mat. v, 9.



» decirlo así, faces casi infinitas. Se ejerce con la palabra,  
 » con la acción y con la mirada : excita á decir cosas vanas, á  
 » decir necedades, y á producir movimientos de risa con-  
 » trarios á la gravedad religiosa. Es presunción tocar al-  
 » guna cosa sin necesidad, tender la manos y hacer gestos  
 » al que rie, empujarlo, quitarle alguna cosa, ó tratar á las  
 » personas sin respeto. »

« Es también presunción referir á otros lo malo que se ha  
 » visto, distraer á alguno de los hermanos en cosas inúti-  
 » les, cuando se halla entregado á la oración ú ocupado en  
 » algún ejercicio santo. »

« Es preciso, mis hermanos, que nos tratemos unos á  
 » otros con toda la honestidad y circunspección convenien-  
 » tes : que evitemos manchar la conciencia de nuestros  
 » hermanos tanto como la nuestra : que nos honremos unos  
 » á otros, y que nos abstengamos de esas familiaridades  
 » que nos llevan á hacer signos de ojos ú otros actos impro-  
 » pios de nuestro estado y que los antiguos Padres com-  
 » prendian con el nombre de presunción. »

Despues de estas explicaciones, se fija san Doroteo en un punto de la mayor importancia, y que se refiere á la denuncia que debe hacerse á los superiores de los faltas de los hermanos, y á la pureza de intención con que debe hacerse en los casos en que obliga.

» Si llegase el caso, dice, de que viésemos á alguno de  
 » nuestros hermanos caer en pecado, en lugar de despreciar-  
 » lo, de decirle palabras mortificantes ó de permitir que se  
 » pierda por nuestro silencio pongámoslo, por compasión y  
 » por amor de Dios, en cónocimiento de quién pueda levantar-  
 » lo, ó digámosle nosotros mismos con caridad y humildad :  
 » Perdonadme, hermano mio ; pero me parece que eso no  
 » está bién hecho. Si no os escucha, manifestadlo á alguno  
 » otro con quién tenga confianza, y si nada se consigue,  
 » advertídselo al superior ó al abad según la cualidad de

» la falta, y despues estad tranquilo de haber cumplido  
 » vuestro deber. »

« Pero tened un especial cuidado de que, al denunciar,  
 » no lo hagais por deseo de hablar, de condenar ó de difamar  
 » á otros, sino únicamente por el deseo de sacarle de su  
 » falta, y de curar la llaga de su alma. Sondead vuestro cora-  
 » zon y procurad no hacerlo por alguna secreta pasión. Si  
 » despues de este exámen, estais seguros de que vuestra  
 » intención es pura, decid entónces al superior ó al abad :  
 » Padre mio, mi conciencia me dicta que no tengo otro  
 » objeto en lo que os voy á manifestar que la corrección de  
 » un hermano : siento que se mezcle algún otro fin en la  
 » pureza de mi intención, y que me haga no ver claramente  
 » si tengo alguna prevención contra él, ó si es más que  
 » otra cosa un escrúpulo lo que me mueve á hacer esta de-  
 » nuncia. Despues de este descargo de conciencia, manifes-  
 » tad lo que sepais. »

« 3º Procurad también, hermanos míos, atestiguar el te-  
 » mor de Dios por el mútuo respeto de unos á otros, de suer-  
 » te que, cuando os encontréis, os hagais caritativo saludo,  
 » inclinando la cabeza. Humillaos ante Dios y ante vuestros  
 » hermanos sometiendo vuestra voluntad á la suya, pues el  
 » que cede hace más en beneficio propio, que en el de  
 » aquel en cuyo favor cede. »

« Si á alguno se le ha encomendado un oficio, por ejem-  
 » plo, si tiene el cargo del jardín, de mayordomo, de la coci-  
 » na ó alguno otro, procure no extralimitarse, vigilar cons-  
 » tantemente sobre sí mismo, y agradar en un todo á Dios,  
 » no dejando nunca las cosas en desórden, ni obrando  
 » por inclinación ó afecto natural, ni pretendiendo  
 » seguir la propia intención, ni haciendo el bién guiados por  
 » las luces naturales, ni descuidando ó despreciando el  
 » empleo que se le ha confiado, pues esta indiferencia es  
 » mala y desordenada. Pero así como no debe despre-



» ciarlo, tampoco debe entregarse á él con tanto afán,  
» que pierda la paz de su alma. »

« Además, mis amados hermanos, sea cualquiera el ofi-  
» cio que tengáis en la comunidad, y cualquiera la dili-  
» gencia que exija de vosotros, procurad no hacer cosa  
» alguna por envidia, como queriendo que os salga mejor  
» que á los demás, ni por espíritu de emulación y sober-  
» bia. Mejor quisiera yo que faltaseis en alguna cosa á vues-  
» tro oficio, que el que se alterase vuestra paz y la de vues-  
» tros hermanos, cumpliéndolo con extrema exactitud. Los  
» únicos motivos que deben impulsarnos en nuestras obras,  
» son sacar alguna utilidad de ellas, y ¿ como hemos de sa-  
» carla, si en lugar de tratarnos con caritativo afecto,  
» damos ocasión á estar los unos poco satisfechos de los  
» otros? No pretendo, sin embargo, que no cumplais con  
» vuestro oficio de la mejor manera que os sea posible, ni  
» que os desanimeis con el más pequeño obstáculo. Esto  
» sería faltar á la conciencia; y yo deseo que ésta la con-  
» serveis siempre pura por el sentimiento de una humildad  
» sincera, y por el mútuo respeto, y consideración de los  
» unos para con los otros, y que en todas las cosas obreis por  
» temor y por amor de Dios.

## INSTRUCCION V.

### DEL PROPIO ESPIRITU.

Todo lo que dice san Doroteo en esta instrucción es tan interesante, que lo expondríamos literalmente, si no temiésemos extendernos demasiado. Haremos, pues, un resúmen, pero con pena de no poder copiarlo íntegramente. Dos cosas nos enseña el Santo: primera, que nadie se basta á sí mismo para dirigirse espiritualmente: segunda, que de-

bemos dejarnos conducir con la mayor docilidad, cuando hayamos escogido un prudente y sabio director.

« 1° Se dice en el libro sagrado de los Proverbios, que  
» *en donde no hay gobernador caerá el pueblo, y que, hay*  
» *salud en donde muchos consejos* (1). Con esto se nos ma-  
» nifiesta que no debemos marchar por nosotros solos, y  
» que no nos debemos considerar capaces de guiarnos á  
» nosotros mismos. Tenemos necesidad de dirección espiri-  
» tual, y nada hay tan deplorable y expuesto á peligros y á  
» las sorpresas del demonio, como la falta de esta di-  
» rección que nos guie y nos sostenga en los caminos del  
» Señor.

» A los que carecen de esta dirección compáralos la  
» sagrada Escritura á las hojas de los árboles, que en un  
» principio son verdes y agradables, pero que poco á poco  
» se secan y caen á tierra. No se hace caso de ellas, y se pi-  
» san. Lo mismo sucede á los que carecen de un director.  
» Empiezan consagrándose con ardor á las vigiliás, á los  
» ayunos, al silencio y á las demás prácticas de virtud; pero  
» insensiblemente disminuye este fervor, y no teniendo quién  
» los dirija, quién los aliente y sostenga el fuego del amor  
» divino en su alma, se debilita, cae, y se hace el juguete  
» de sus enemigos.

« Otra cosa sucede con los que tienen un director á quién  
» declaran todo lo que pasa en su corazón, y nada hacen sin  
» su consejo. Dice la Escritura que estos encuentran la sa-  
» lud, para significarnos que, si queremos obrar con se-  
» guridad nuestra salvación, debemos tomar consejo del  
» director en quién hemos depositado nuestra confianza,  
» y á quién es preciso descubrir todo nuestro interior, sin  
» ocultarle lo más insignificante; pues la salvación sóla-  
» mente se encuentra allí en donde hay mucho consejo.

(1) Prov. xi, 14.



» Sí, por el contrario, se le oculta alguna cosa, como algún hábito que se contrajo en el mundo y que aún no se ha desechado, ó algún afecto de la educación que se ha recibido, el demonio, que vé que todavía conserva su voluntad, aunque inclinada al bién, no deja de atacarle por este lado, y al fin le vence. »

« Cuando este enemigo encuentra personas que no quieren cometer la menor falta, no es tan poco hábil en el arte de dañar á los hombres, que las tienta con cosas que les causarían horror, como por ejemplo, con un crimen. Pero las encuentra aferradas á su propia voluntad, y bajo el pretexto de un bién aparente, no deja de sorprenderlas, y de causarlas mayores daños.

» Es indudable, mis hermanos, que, cuando estamos llenos denosotros mismos, y no nos apoyamos más que en nuestras fuerzas, pensando hacer lo bueno, nos tendemos lazos á nosotros mismos, y sin ponernos en guardia, trabajamos por nuestra propia perdición. Porque, decidme: ¿ como podremos conocer, y mucho ménos encontrar, la voluntad de Dios, confiando en nuestro propio espíritu, y no guiándonos más que por nuestra voluntad? » Decía el abad Pastor que nuestra propia voluntad es como un muro de bronce entre Dios y nosotros. Ved ahora la fuerza de esta expresión. Es como si dijese que la voluntad propia se opone, contradice y rechaza la de Dios, y cuando prescindimos de ella, podemos exclamar con el Profeta de los Salmos: *Por tí seré librado de la tentación, con mi Dios traspasaré la muralla* (1). Y efectivamente, cuando prescindimos de nuestra propia voluntad, entónces es cuando conocemos la de Dios, única pura, única santa. Por el contrario, nos es desconocida esta voluntad, cuando sólomente seguimos la nues-

(1) Ps. xvii, 30.

» tra, y si se nos aconseja alguna cosa para nuestra seguridad y salud, no la podemos sufrir: la rehusamos y desechamos.

« Dice además el mismo abad Pastor que cuando sólomente nuestra propia voluntad es la que nos conduce al bién que hacemos, no es verdadera nuestra conversión ¿ Qué debemos deducir de esta sentencia? Que es darnos la muerte el seguir nuestra propia voluntad en el bién que practicamos. Hay en ello tantos peligros, que parece segura nuestra perdición. Porqué, ¿ quién podrá persuadir al que cree que conoce mejor lo que le conviene que el que le aconseja? ¿ quién podrá convencer al que no quiere seguir más que el dictámen de su razón? El enemigo concluye por vencerle, y por hacer de él lo que quiere.

« Así es que nada teme tanto el demonio, ni á nada se opone con tanto empeño, como á que las almas tomen consejo, pues teme en gran manera ser conocido. Cuando un alma se asegura manifestando sus disposiciones interiores, y un director prudente le dice: haced esto, y evitad aquello: esto es bueno, y aquello malo; esto es justo, y aquello un movimiento de vuestra voluntad, entónces este alma se halla en las mejores disposiciones, por lo mismo que es guiada por Dios y defendida por todas partes. De este modo encuentra el camino de la salvación. »

« Pero esto no lo quiere el demonio. El se goza cuando vé que algunos monjes se dirijen á sí mismos: estos son los que le agradan, porque no siguiendo más que sus propias luces, están conformes con él, y como él son enemigos de su salvación. No creo que la causa de la caída de algunos sea otra que la confianza que tienen en sus propias luces, y si sabeis que alguno se ha separado del verdadero camino, sabed que es porque ha seguido su propio juicio. »



« Procurad, hermanos míos, tomar siempre consejo, y  
 » no fiaros de vosotros mismos. Esta desconfianza es un  
 » grande bien: pues es efecto de una sincera humildad, y  
 » produce à su vez un gozo verdadero, una paz profun-  
 » da. »

« Pero me direis tal vez: ¿ qué hago si no encuentro  
 » una persona que me dirija? Es verdad, hermanos míos;  
 » pero al que busca la voluntad de Dios con pura intención  
 » y con todas las fuerzas de su corazón, Dios no le dejará  
 » sin auxilio, sino que le llevará como con la mano á la eje-  
 » cución de su santa voluntad, y hasta en caso necesario un  
 » niño le dará á conocer lo que de él exige. Pero si al-  
 » guno no busca la voluntad de Dios con un corazón recto  
 » y puro, aún cuando vaya á consultar á un profeta, Dios,  
 » que ve la malignidad de su corazón, permitirá que el  
 » profeta le responda según lo que se dice en la Escritura:  
 » *Cuando errare el profeta, y hablare la palabra, yo el Se-  
 » ñor engañé al profeta* (1).

» Necesario es, por lo tanto, que caminemos con recta  
 » intención, si queremos conocer la voluntad de Dios. Si  
 » alguna cosa nos parece buena, y como tal nos la propo-  
 » ne un director ilustrado, sigámosla, no por el juicio que  
 » de ella hemos formado, sino por el consejo que se nos  
 » ha dado. Quiera Dios preservarnos de los peligros en que  
 » se encuentran los que siguen su propio juicio, y conce-  
 » dernos la gracia de que sigamos el camino que nos tra-  
 » zaron nuestros Padres, que tuvieron la dicha de seguirle  
 » y agradarle.

(1) Erech. XIV, 9.

## INSTRUCCION VI.

## SOBRE LOS JUICIOS

No hay un pecado que con tanta energía hayan combatido los santos Padres, como el de juzgar con ligereza al prójimo, pues conocían que este pecado procedía de un principio de orgullo y de preferencia de sí mismo, que destruía la caridad fraterna y se oponía al espíritu de Jesucristo, lleno de misericordia para con los pecadores. Por esta razón san Doroteo, á semejanza de los Padres que le habían precedido, se expresa en esta instrucción con la mayor viveza, para hacer sentir la fealdad de este pecado, é inspirar á sus religiosos el horror que merece. No sólomente las personas religiosas, sino hasta las seculares, pueden encontrar en esta instrucción, lo mismo que en las que preceden y en las que siguen, enseñanzas que pueden servirles de mucho provecho. Es verdad que san Doroteo se dirige á los religiosos; pero también lo es que combatía pasiones que sufren todos los hombres, y que todos están obligados á combatir.

« El pecado de juzgar temerariamente al prójimo es muy  
 » grave en sí mismo, y Dios lo odia en extremo, como di-  
 » cen los santos Padres. Él atrae, efectivamente, sobre no-  
 » sotros la indignación divina, nos despoja de las virtudes  
 » adquiridas, y nos incapacita para alcanzar otras nuevas.  
 » Por esta razón dice Jesucristo en el santo Evangelio:  
 » *Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y despues verás  
 » para sacar la mota del ojo de tu hermano* (1). En este pa-  
 » saje compara el Maestro celestial la falta del prójimo con  
 » la paja, y con la viga la del que juzga, demostrándonos

(1) Luc. vi, 42.